María Zambrano en *Hora de España*

Acabo de leer *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1939)*, de María Zambrano [1]. Al hacerlo, he «releído» todos aquellos que aparecieron en *Hora de España* durante la guerra civil. A ellos quiero referirme en estos comentarios. Porque ahora y entonces me impresionaron vivamente y aún siguen teniendo una singular vigencia. Conmueven nuestro «ser español» y estremecen nuestra conciencia de serlo.

Empecemos por informar —a quien no lo sepa— que nuestra ensayista formó parte de la redacción de aquella revista [2] que un grupo de intelectuales —auspiciados por la Casa de la Cultura— publicó mensualmente en Valencia y luego en Barcelona. Su propósito quedó enunciado en su primer número: «se trata de vivir íntegramente esta hora de España, de que la inteligencia reanude sus afanes, mas no ignorante de la hora que vive, sino al revés, para hacerse cargo totalmente de ella, para penetrarla y hacerla, hasta donde pueda, inteligible y transparente; pensando en esas inteligencias ávidas de entender que, lejos de la tragedia española, no tienen apenas datos en que apoyarse, no tienen datos de ese mundo intelectual en que ellas se mueven. Pero se trata también, y más hondamente, de realizar en lo intelectual la revolución que se realiza en otras zonas de la vida. Se trata de decir lo que tanto se sabía y que nunca se dijo, de formular lo que sólo se presintió, de pensar lo que se había previsto, de dar vida y luz a todo lo que necesita ser pensado, a la cultura que se abre camino» [3]. Y con orgullo íntimo añade María Zambrano, recordando la realidad física e intelectual de aquella inolvidable revista: «De esmerada tipografía, con maravillosas viñetas, decente, cuidada, su presencia conmueve y enardece, y una comprobación de esperanzas es un motivo más de fe. Conmueve porque nunca en medio de tanta sangre y muerte se ha escrito y publicado nada semejante, porque la inteligencia española, sin pausa y sin fatiga, prosigue su obra, la comienza más bien, en las más difíciles trincheras del mundo» [4].

[1] Editorial Hiapamerca, Madrid, 1977. En este volumen, María Zambrano incluye también ensayos publicados en la revista *Atenea* (Concepción) y en *Sur* (Buenos Aires). El más importante es el dedicado a «San Juan de la Cruz (De la "noche oscura" a la más clara mística)» y que se publicó en *Sur* (núm. 63, diciembre de 1939), pero fue comenzado a escribir en Barcelona, en 1939, para *Hora de España*.

[2] Con Manuel Altolaguirre, Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Juan Gil-Albert, Ramón Gaya, Arturo Serrano Plaja, Angel Gaos y José María Quiroga Pla. El consejo de colaboración estaba formado por poetas, profesores universitarios, escritores, escultores, arquitectos, pintores, músicos: Antonio Machado, León Felipe, José Moreno Villa, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Luis Cernuda, José Bergamín, Juan José Domenchina, Emilio Prados, Carles Riba, Tomás Navarro Tomás, José Fernández Montesinos, Pedro Bosch Gimpera, José Gaos, Angel Ferrant, Alberto, Rodolfo Halffter, Luis Lacasa, Enrique Díez Canedo, Corpus Barga y Juan de la Encina.

[3] *Op. cit.*, pág. 56.

[4] *Ibid.*, pág. 56-57.

Y entra su recuerdo en el contenido de aquellas memorables páginas, cuyos temas merecen destacarse como paradigma de calidades: «Los temas solamente ya muestran la autenticidad de estas inteligencias, que forman parte del pueblo al trabajar con él y por lo que él. Van apareciendo en los ensayos, en los poemas y narraciones, en notas y conferencias que refleja, todos los puntos de reflexión y meditación que nos van a ocupar años anteros; todo un porvenir de trabajo» [5]. Y menciona artículos que aún se conservan en su memoria: «Así Rosa Chacel, con severa mirada, examina la cuestión central, decisiva, de "Cultura y Pueblo" y nos lanza dos nombres de nuestro ayer, vivos más que nunca en el hoy de la revolución, Pérez Galdós y Larra. Antonio Machado, con su noble entendimiento, va vertiendo su antigua y reposada sabiduría, tan de los repliegues del alma española [6]. Máximo Kahn hace aflorar el hondo sentido de nuestra vieja y nunca ida cultura sefardita. Dámaso Alonso estudia objetiva y apasionadamente nuestra literatura. Rafael Dieste nos trae la soledad sin descanso de Don Quijote y la pregunta sin respuesta aún que planteara con la complicación humilde de lo español, Cervantes. Sánchez Barbudo rememora días de presentimiento, uniendo la angustia con la esperanza, y encontrando la fe que se necesita para creer lo que se está viendo. Gaya plantea el problema del cartel y de la pintura, que discute con Renau, actual director general de Bellas Artes. Gil-Albert y Moreno Villa y Alberti nos ofrecen, como un licor confortante en su amargura, la poesía de la desolación y la muerte. Bergamín en cristiano se dirige a los católicos engañados de más allá de España. Teatro de Dieste, conferencia sobre Lorca en París, de Neruda. Todo un mundo que no puede existir sin eso por lo que combatimos: sin la libertad» [7].

María Zambrano no sólo fue activa redactora de la revista —única en su género por su gran valor histórico y cultural—, sino que colaboró en ella con sus ensayos y notas. Todos están escritos con ágil vivacidad que no excluye la hondura de pensamiento. Y con un estilo rico en matices humanos, poéticos y dialécticos. María Zambrano escribe una prosa que ilumina intelectualmente y conmueve con sus tensiones interiores. Practica la claridad, aquella «cortesía con el lector» que preconizaba su maestro Ortega. Filosofía, poesía, novela e historia se integran en un todo coherente y significativo.

Examinemos estos ensayos, siguiendo su sucesión cronológica. Esta será un itinerario intimista al mismo tiempo que un «devenir» de sus inquietudes en aquel doloroso, agónico y esperanzado período de la guerra civil, espacio temporal de estas serias reflexiones de la ensayista.

1. *El español y su tradición* [8]. Desde su comienzo advertimos la actitud poético-filosófica de María Zambrano ante la realidad española y su apasionado deseo de objetividad intelectual. Antes que nada, quiere «mirar con perspectiva» para abarcar el sentido histórico de lo que está ocurriendo. Y empieza por recordar lo que ha significado España para los extranjeros, quienes, en general, se han referido a ella sin

[5] *Ibid.*, pág. 57.

[6] Se refiere María Zambrano a los «Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín» y a «Desde el mirador de la Guerra».

[7] *Ibid.*, pág. 57.

[8] *Hora de España* (Valencia), núm. IV, abril de 1937, págs. 94-99.

esa «objetividad apasionada» que la escritora juzga necesaria para alcanzar la verdad. Entre tanto, los españoles estábamos «peleándonos enconadamente», «mientras decían que en España no pasaba nada». María Zambrano se lamenta de que exista entre nosotros «una incompatibilidad esencial y decisiva, como de especies humanas distintas o, tal vez, de una especie humana y otra no humana todavía, y que una y otra tienen que ser anonadadas». Una especie —la de los «tradicionalistas»— se creían los únicos herederos de la huella de España en el mundo y «los únicos sabedores de su sentido»: «Ellos eran España y toda su obra en el pasado». Para ellos no existía el futuro, «pantalla grotesca donde se proyectaban deformadas las figuras del glorioso y lejano pasado». Así, según nuestra ensayista, la historia de España «se nos había convertido en una encerrona y era preciso derribar muchos tabiques para salir de ella». Y de esa angustia de vivir «en laberintos de fantasmas históricos» nace la rebeldía del español ante su historia y ante su tradición. Por esto arremetió contra los fantasmas, cerrando «con siete llaves el sepulcro del Cid». Y surgió la crítica implacable contra el ayer, «queriendo olvidarlo en un utopismo adánico». María Zambrano —ecuánime— reconoce con dolor lo que ocurrió: «Se confundió en la arremetida al fantasma de la historia con la historia misma, y se creyó que podríamos vivir sin ella. Y el español entonces, por librarse del fantasma, se quedó en el desierto, que tampoco es la vida». Juzga, sin embargo, que quien se queda en el desierto no es el pueblo, sino el intelectual y el burgués liberal, «si lo ha habido». Con palabras llenas de amor, especifica:

> El pueblo no puede quedarse nunca en el desierto, porque él lo puebla: con su presencia, con sus voces, con las figuras que su imaginación conserva de días más afortunados. El pueblo, en su perenne infancia, vive de imágenes, pero su vejez, su vejez joven, su persistencia, le proporciona el recuerdo de las imágenes ya idas. Y recuerda lo que el intelectual por afán de aprender, ha olvidado. También inventa, con fragancia nunca marchita; repite recreando las antiguas creaciones de poetas y artistas y hasta de filósofos de días de aurora. El pueblo nunca está solo.

No está solo, pero sí «mal acompañado» —opina María Zambrano.

> Y ésta es justamente la mayor perversión: hacer objeto a lo que como el pueblo es el máximo sujeto de la historia. Sujeto porque es a quien pasa todo lo profundo y esencial que pasa —aunque un individuo genial lo preceda— y es por quien realiza todo lo que pasa y nada puede pasar sin él.

Como paradigma, menciona la sangrienta historia española del siglo XIX. No obstante, cree que en esas peleas el español anda buscándose a sí mismo, sea tradicionalista, liberal o revolucionario. Da su vida para ver quién es y qué es. María Zambrano alza ahora la gran pregunta que tanto angustió a los escritores del 98: «¿Qué es España?» Concluye: «No le va al español levantar castillo de abstracciones, pero su angustia por el ser de España, en la que va envuelta la angustia por el propio ser de cada uno, es inmensa y corre por donde quiera que se mire.» María Zambrano termina su ensayo con un esperanzador pensamiento propio —más creencia que pensamiento, hemos de admitir:

> Y es ahora, en esta lucha nuestra del pueblo español contra su pasado de pesadilla, contra el cartelón del crimen con que querían aterrorizarle para que no se moviera;

> es ahora cuando vamos a encontrarnos de verdad con el pasado y cuando la tradición brota de nuevo y se reencarna en el hoy. Hoy España vuelve a tener historia. La lucha sangrienta de ahora se diferencia de las del siglo XIX en que entonces no se había alcanzado un sentido social, un sentido histórico, sino que era el individuo liberal, el romántico, el que daba la vida para que la muerte no le cogiera. Hoy el español muere para vivir, para recuperar su historia que le falsificaron convirtiéndola en alucinante laberinto. Muere por romper el laberinto de espejos, la galería de fantasmas en que habían querido encerrarle, recuperándose a sí mismo, a su razón de ser.

María Zambrano, senequistamente, pone fin a su breve pero intenso ensayo con estas palabras que son, en realidad, un verdadero aforismo: «Una nueva revelación humana que nos hace a todos reconciliarnos con la vida a través del sufrimiento y de la muerte».

2. *Españoles fuera de España.* [9] No es un ensayo, sino una especie de relato en que María Zambrano cuenta la emocionante y épica historia hasta su liberación de veintitrés españoles que, a los pocos días de su levantamiento, Franco había hecho llevar desde Canarias hasta Villa Cisneros para realizar trabajos forzados. La escritora muestra aquí, en estas páginas testimoniales, sus dotes narrativas y su fuerza exaltadora, además de su hondo españolismo. Sobre todo, cuando escribe:

> ¡Españoles fuera de España! Hoy no se llega a ningún rincón del mundo que no vibre estremecido por algún puñado de verdaderos españoles que lo han asombrado con sus hazañas. Y a las hazañas pertenece como lo mejor de ellas, como lo que les da su inconfundible estilo, esta serenidad, esta humanidad, este heroísmo natural, este sentido de la justicia y esta fe inverosímil, que crece y se agiganta como una llama en la oscuridad de los calabozos, en la soledad de los desiertos, en la angustia de la lejanía; todo esto que hemos visto resplandecer en las frentes de estos hombres reconcentrados que una mañana en las costas de Africa nos despertaron con sus gritos de aurora...

3. *La reforma del entendimiento español.*[10] Es este un ensayo extenso y enjundioso, acaso el más profundo de todos, que merece contrastarse con el *Idearium español* y la *España invertebrada.* María Zambrano parte de la evidencia de que la guerra civil —que ella sólo denomina «lucha terrible»—, al conmover al pueblo español, puso de manifiesto todo nuestro pasado. Y, poéticamente, dice: «Pasa nuestro pasado por nuestra cabeza como si lo soñásemos. Con ser ahora cada español protagonista de tragedia, diríase que, sin embargo, deliramos y es nuestro delirio el ayer que «siglo a siglo y gota a gota» sucede atravesando todas las conciencias». Cree que este pasado ha estado presionando la vida española con más angustia que a ninguna otra nación. Los españoles, además, han vivido con muy pocas ideas y por eso han sido un pueblo «ateórico». Pero, en razón inversa, las ha sostenido con tesón inmenso: «Para el español de pura cepa, adquirir unas ideas era como profesar en una orden monástica». Tan grave es esto que María Zambrano se siente preocupada por esta anormalidad [11] y formula acuciantes preguntas. Entre ellas: «¿Es que el español, tan rico en materia

---

[9] *Hora de España* (Valencia), núm. VII, julio de 1937, págs. 180-184.

[10] *Hora de España* (Valencia), núm. IX, septiembre de 1937, págs. 100-116.

[11] Recordemos que para Ortega, España *era* una enfermedad *(España invertebrada.* Revista de Occidente, Madrid, 1946, pág. 86).

humana, en generosidad, heroísmo, sentido fraternal, ha quedado desposeído de esta maravillosa capacidad de saber, de esta capacidad de hacer ideas claras, transmutadora de oscuras angustias?» Naturalmente, María Zambrano cree que el pensamiento es función necesaria de la vida, es íntima necesidad del hombre. Y pasa revista a los grandes sistemas filosóficos europeos, en cuyas aguas bebieron muy pocos españoles. Sin embargo, le maravilla que un pueblo «virginal» como el español, «habiendo permanecido casi al margen de la cultura europea», la salve muriendo, «en lo que de salvable tiene». El «ateoricismo» no significa un apartamiento del esencial destino de la cultura europea. Y María Zambrano se pregunta cómo ha sido así. En realidad, lo que había que salvar no era una suma de saberes, sino la convivencia humana. Y pasa revista al pensamiento español, en relación con la historia política, para concluir: «Y es España precisamente donde, antes que en ningún otro pueblo se constituye un Estado en el Renacimiento. Pero esto que fue nuestro esplendor, fue al par nuestra desdicha». A continuación, repasa nuestra historia que, poco a poco, va invadiendo a los españoles de atonía, [12] comenzando por los altos órganos del Estado. La agonía de los Austrias empalma con la de los Borbones, hasta el «Vivan las caenas» y «España está sin pulso». Agonía que, según María Zambrano, «el pueblo ha ido soportando sobre su inquebrantable voluntad de vivir». Al no haber Estado, no hay pensamiento y, en consecuencia, no hay voluntad de hacer. Y así comienza el férreo dogmatismo español: «Sobre el nihilismo de nuestra voluntad surge una dogmática cerrada; a los dogmas de la Iglesia se añaden los dogmas sobre el honor, sobre el amor y sobre el ser de la misma España». Y no hay ideas que los clarifiquen. Nuestro conocimiento tiene un carácter confesional: «Las rígidas ideas sobre él tapaban los problemas y hasta la natural curiosidad». Indagar, dudar, era herético. No había que plantearse cuestiones: «La Historia no se aprendía ni se llegaba a conocer; era objeto de mística participación, no necesitaba de razonamientos». De este modo, la vida española se petrificaba y la sociedad se desmembraba paulatina y tristemente.

María Zambrano, tras referirse a las aportaciones de Descartes y de la física matemática europea, observa que ningún español examina la historia de España. Hay, sin embargo, una excepción: Cervantes. La ensayista enfoca su figura con amor y sus palabras redimen —al evocarle: nos redimen.

> Es Cervantes quien nos presenta el fracaso del español, quien implacablemente nos pone de manifiesto aquella maravilla de voluntad coherente, clara, perfecta, que ha quedado sin empleo y no hace sino estrellarse contra el muro de la época. Es la voluntad pura, desasida de su objeto real, puesto que ella misma lo inventa. Cuando Kant, casi dos siglos más tarde, presenta las condiciones de una *voluntad pura,* nada añade que no esté en el querer firme, en la entereza de voluntad del Caballero de la Mancha.
>
> Cervantes bien pudo haber estudiado filosofía y haber transcrito su idea, su intuición de la voluntad, en un sistema filosófico. Mas, ¿para qué había de hacerlo? Además de que no tenía sentido expresarse así entre nosotros, tenía que decir más, todavía más. Y era otro el sentido último de su obra: el fracaso. La aceptación realista resignada y al par esperanzada del fracaso. Ni la filosofía ni el Estado están basados

[12] La «abulia» ganivetiana.

en el fracaso humano como lo está la novela. Por eso tenía que ser la novela para los españoles lo que la filosofía para Europa.

Y siguen unas líneas de indudable acierto que definen el género novelesco: «la novela no pretende restaurar nada, ni reformar nada; se sumerge en el fracaso y encuentra en él, sin razón y hasta sin fe, un mundo. Es un fracaso parcial el que la novela descubre, revelando en cambio un oculto asidero. Es un fracaso histórico, un fracaso en el mundo sobre el que se forja la novela». «Don Quijote era la voluntad pura de Kant antes de que nadie pudiese pensarla, antes de que el mundo la necesitase y pudiese comprenderla, y es, además... la convivencia, diríamos *pura,* con Sancho. El misterio clarísimo de la convivencia entre Don Quijote y Sancho es algo que todavía no se ha revelado en toda su significación, porque es una profecía sin petulancia de un tipo de relación humana que aún no se ha realizado».

María Zambrano concluye su «teoría» sobre la novela —de riqueza humana mucho mayor que la filosofía— enlazándola con la historia española:

> Nuestra novela, desde Cervantes a Galdós, pasando por la picaresca, nos trae el verdadero alimento intelectual del español en su horror por el sistema filosófico; es en ella donde hemos de ver lo que el español veía y sabía también lo que el español era. También de lo que carecía.

Pero no abandona María Zambrano el tema del idealismo quijotesco, al cual dedica un par de clarividentes páginas en su ensayo:

> Si Cervantes hubiese hecho filosofía partiendo del fracaso de Don Quijote, si hubiese adoptado una actitud reformista para encontrar las bases de un nuevo conocimiento sistematizado, hubiese hallado las bases humanas de una nueva convivencia, un sentido del prójimo ausente por completo de la cultura europea, más ausente a medida que avanzaba el idealismo. La soledad esencial sobre la que se funda el idealismo, es en Don Quijote profunda, esencial convivencia; allí donde está su voluntad, allí está el *otro,* el hombre igual a él, su hermano, por quien hace y arremete contra todo. El prójimo no es algo que sobreviene a la soledad del hombre en nuestro Don Quijote, sino que en su misma melancólica soledad está esencialmente el prójimo; cuanto más solo y lejos de los hombres, más unido y entregado por su voluntad a ellos.

Esa «convivencia» la vive o la comparte el pueblo, en mayor o menor grado: en el pueblo se hunden las raíces de Don Quijote. María Zambrano no se explica que a todos les parezca locura los gigantes y la ínsula, y no, en cambio, la profunda convivencia del caballero con Sancho, su escudero y amigo: «a nadie su profunda confianza en el hombre, tan extremada que le lleva a vencer la burla, el resentimiento». La nobleza de Don Quijote presupone, «clara e inequívoca, la noción del semejante en el centro de su espíritu; está solo en su empeño, pero esencialmente acompañado, por lo mejor de cada hombre que vive en él. Es la nobleza esencial del hombre lo que Don Quijote cree y crea, la mutua confianza y reconocimiento».

María Zambrano relaciona a Don Quijote con su teoría del Estado, basado en la reforma que, en síntesis, sería: «O aceptamos la herencia del pasado y la llamada del porvenir, que nos manda recoger el fruto de tanta desdicha y desastre de ayer y de tanta sangre de hoy para el mantenimiento de un Estado en que se revela la nueva

convivencia humana, o nos quedamos todos en personajes de novela». Sabías palabras que no conviene desoír nunca, y menos hoy.

Personajes de novela le parecen a María Zambrano todos los españoles del siglo XIX —falto de verdadero romanticismo—, según lo muestra Galdós. Para ella, este novelista nos ofrece en Fortunata —«la espléndida hija de Madrid»— una figura casi gemela de Don Quijote, pues es también ejemplo de una voluntad «coherente, firme y fiel, a la que ningún desastre aparta de sí misma, sobre la que resbalan todos los fracasos». «Insobornable, guarda una idea *entre sí* que es toda su vida... Por encima y más allá de lo social, Fortunata tiene absoluta, total justificación.» «Desde Cervantes a Galdós —concluye la ensayista—, la voluntad española se ha retraído a las capas populares, a la base misma virginal de nuestro pueblo, firme voluntad que ya no sueña con asuntos tan altos como los de Don Quijote, sino que confundida con el instinto es vocación maternal en la divina Fortunata, es fiera repulsa, celtíbero amor de independencia en el Madrid del Dos de Mayo.» Voluntad que volverá a surgir en nuestra guerra civil y que tampoco debe doblegarse hoy en día. María Zambrano cree en ese Estado nuevo y justo «que se alimente en su objetividad de la convivencia humana que está dentro de la soledad de nuestro inmortal Caballero». Cree en una España que acepte íntegramente la voluntad de su pueblo y la objetive sin temor en un Estado que devuelva a todos la confianza en el hombre, que restaure la fe en la razón y en la justicia y que la realice en la medida mayor de sus posibilidades. «La Reforma española era más profunda que la realizada por Europa; tenía que hacerse en la sangre y por la sangre, en la vida. Pero la sangre también puede hacerse universal.» Palabras de María Zambrano que ojalá conviertan la profecía en realidad histórica. Así lo quisiéramos la mayoría de los españoles.

4. *«La Guerra» de Antonio Machado* [13]. La ensayista aprovecha la aparición de este libro —que recogen las palabras machadianas escritas o pronunciadas directamente acerca de la guerra o, más bien, en la guerra— para darnos su opinión sobre el hondo poeta de las *Soledades* y de *Campos de Castilla.* Pero antes parte de originales supuestos básicos: «la poesía española es tal vez lo que más ha quedado en pie de nuestra literatura»; «la historia de España es poética por esencia, no porque la hayan hecho los poetas, sino porque su hondo suceso es continua transmutación poética, y quizá también porque su historia, la de España y la de cualquier otro lugar, sea en último término poesía, creación, realización total». Inmediatamente después, María Zambrano afirma que entre todos los poetas que han permanecido fieles a su poesía, «ninguna voz que tanta compañía nos preste, que mayor seguridad íntima nos dé, que la del poeta Antonio Machado». Para la ensayista —que ama la poesía profundamente, según se deduce de sus escritos—, «la voz poética de Antonio Machado canta y cuenta de la vida más verdadera y de las verdades más ciertas, universales y privadísimas al par de toda la vida». «Palabras paternales son las de Antonio Machado, en que se vierte el saber amargo y a la vez consolador de los padres, y que con ser a veces de honda melancolía, nos dan seguridad al darnos certidumbre. Poeta, poeta antiguo y de hoy; poeta de un pueblo entero al que enteramente acompaña.» Más adelante, proclama:

[13] *Hora de España* (Valencia), núm. XII, diciembre de 1937, págs. 74-83.

«Esta voz es hoy para nosotros, españoles que vivimos las más duras circunstancias que se han exigido a pueblo alguno, la voz de la poesía de Machado, no ya la de ahora, sino de esa contenida en sus poesías completas y que estaba ahí ya de antes, ya de siempre, igual a sí misma a través de todas las alternativas de nuestra vida literaria; es el único consuelo posible, aquello que nos promete porque nos descubre y nos muestra nuestros claros, más claros, orígenes. La palabra del poeta ha sido siempre necesaria a un pueblo para reconocerse y llevar con íntegra confianza su destino difícil...» Y, después, insiste en que Antonio Machado es un clásico, «un clásico que por fortuna vive entre nosotros y posee viva y fluente su capacidad creadora. Y es clásico también por la distancia de que su voz nos llega; con sentirla cada uno dentro de sí, se le oye llegar de lejos, tan lejos que oímos resonar en ella todos los íntimos saberes que nos acompañan, lo que en la cultura viene a ser la paternidad, aquello que poseemos de regalo, de herencia».

La Guerra —salvo dos poemas— es un libro en prosa que contiene los pensamientos del poeta: Juan de Mairena crece al lado de Antonio Machado. A través de su *alter ego* expone su metafísica. María Zambrano destaca «el sentimiento de la responsabilidad» en el poeta humilde que «somete a justificación su poesía». Para Machado, la poesía es «cosa de conciencia»; esto es, «de razón, de moral, de ley». La ensayista se remonta a los presocráticos para recordarnos que sus pensamientos se vierten en poemas. Y también evoca al Dante, a Jorge Manrique, en los cuales el sentir es «sentencia, esto es, corazón y pensamiento». Hay en todos ellos —como en Machado— unidad de razón y poesía, pensamiento filosófico y conocimiento poético. Según María Zambrano, la poesía machadiana es engendrada por la muerte y el amor, opuestos polos. «Porque es Machado en nuestra lírica un poeta erótico, honda y serenamente erótico.» Lo compara a San Juan de la Cruz: «Maravillosos pensamientos de un poeta, razones de amor que algún día serán mirados como continuación de lo mejor y más vivo de nuestra mística. Amor infinito hacia la realidad que le mueve a reintegrar en su poesía toda la íntima sustancia que la abstracción diaria le ha restado». Y María Zambrano acaba su ensayo reafirmando que el amor y el conocimiento que contiene el libro van directamente hacia su pueblo, con quien se confronta cara a cara, del mismo modo que afronta la muerte: «Porque es la verdad la que le une a su pueblo, la verdad de esta hombría profunda que es la razón última de nuestra lucha». *La Guerra* es la ofrenda de un poeta a su pueblo.

5. *Un camino español: Séneca o la resignación* [14]. Encabeza este ensayo una cita de Séneca: «Si quieres suprimir el temor, suprime la esperanza». María Zambrano parte de la idea —verdadera o no— de que el gran cordobés es el más español de los filósofos o el más filósofo de los españoles. Séneca y otros españoles egregios «nos permiten encontrar realizado todo aquello que hemos podido ser y no fuimos». «En la historia de un pueblo, vista o mejor sentida como un suceso vivo, orgánico, presente y actual siempre, podríamos ver en estos seres, algo así como las categorías; categorías históricas, pues la existencia de estos seres cumple una función decisiva en la vida de todo un pueblo; actúan permanentemente sobre él, ejercen una constante

[14] *Hora de España* (Barcelona), núm. XVII, mayo de 1938, págs. 117-128.

influencia y son como ejes o coordinadas que nos permiten situar acontecimientos cuya significación quedaría oculta.» La ensayista cree que los «tradicionalistas» han entendido estas categorías históricas de manera estática, y, por tanto, es «un muro infranqueable que cierra todo paso al porvenir». El ímpetu vital, así, se siente cercado, oprimido. El tradicionalismo español le parece lamentable porque contribuye a «suprimir la función positiva de lo ya cumplido, de lo ya logrado, a borrar la experiencia del ayer tan fecunda en la vida de un pueblo, transformando su vacío en un insuperable obstáculo». Este tradicionalismo ejerce una fascinación que paraliza el conocimiento y «casi convierte en ídolos, en fetiches, a los nombres de nuestro más preclaro linaje».

María Zambrano opina que nuestro ser de españoles «lleva a través de todas las vicisitudes de la historia tal complejidad no desenvuelta, tal inmensa riqueza de posibilidades, tantos hechos sin realizar y esperanzas sin logro, que nos deslumbra como el mayor de los prodigios la existencia de un español que logró ser lo que era. Tal Séneca. Fue Séneca un español [15] que logró hablar, expresar en clarísimas palabras la integridad de su alma profunda, cumplir en su vida, y más en su muerte, la integridad de su destino, recorrer hasta el fin el camino que él descubriera, convertir sus contradicciones internas, reducir sus pasiones a un solo designio, hacer, en suma, de su vida un camino». Y la ensayista se pregunta cuál fue ese camino y concluye que ese camino es el que sigue cada español que se siente estoico-senequista, y que también puede seguir el pueblo de España. Pero surge otro interrogante: «¿puede un español sin traicionarse resignarse? Séneca, al parecer, lo logró». María Zambrano intenta ver cómo y hasta qué punto. «Muy español —dice— fue también Séneca en hallar su camino fuera de España; lo español a menudo se desarrolla mejor lejos de su origen.» De la provincia va a la metrópoli y se acoge a lo mejor que encuentra: el estoicismo. Cuando le llegó la desgracia, su ánimo ya estaba preparado por esta filosofía ética. «La necesidad de la resignación —colige María Zambrano— era algo que por entonces estaba, sin duda, en la atmósfera y muy fuertemente sentida por las almas mejores.» Y reflexiona sobre los matices del estoicismo y epicureísmo romanos, de sus raíces griegas, llegando a esta conclusión:

> ... cuando ingresamos en el estoicismo, vemos que los designios socráticos en parte se han cumplido con un rigor que jamás se cumplieran en el mismo Sócrates que nunca dejó de escuchar en la «soledad sonora» de su corazón la voz de su demonio querido. Ya el hombre se había quedado a solas con su pensamiento, a solas con su desnuda conciencia. Ni la fuerza de la estirpe ni la voz de los dioses le agitaban ya.
>
> Por primera vez nos topamos con un hombre desarraigado, a quien los lazos de la sangre, la comunidad patria o la obediencia religiosa bastan para conducir su vida.

María Zambrano se da cuenta de cuán complicada es toda la cuestión, «pues implica el sentido del individuo estoico frente al de la persona cristiana que era la realidad que iba a nacer». «Resignarse a vivir era lo que se proponía conseguir el estoico con su metódico pensamiento. Y no debía ser fácil, puesto que vemos cómo el pensar filosófico pierde objetividad, fuerza lógica, idealidad, para ganar sagacidad psicológi-

[15] Sabido es que don Américo Castro desmintió esa «españolidad», considerándose sólo un romano.

ca, para afirmar su sutileza en la interpretación de las humanas dolencias. Diríase que la razón se ha hecho madre; se ha llenado de ternura maternal para poder consolar al hombre en su desamparo.» (Nótese la originalidad de este metaforismo filosófico de María Zambrano que aún prosigue en nuevas frases.) La noble figura de Séneca, tan española, tan humana, tan humanitaria, es la de «curandero filosófico» y merece «el amor de todas las almas no pervertidas». Sin embargo, María Zambrano opina, finalmente, que el español de hoy —de 1938— no puede elegir el camino de la resignación, porque al hacerlo deja vacía la escena donde se juega la tragedia del destino humano. «Algo así como si Cristo se hubiera escapado de la cruz, donde murió sin resignarse.»

Cabría, no obstante, añadir una apostilla a este ensayo excelente: el estoicismo sí que sirvió a los españoles vencidos en la última guerra civil para sobrevivir y salvar su dignidad.

6. *Un testimonio para Esprit* [16]. María Zambrano confiesa que ha escrito este artículo mientras sonaban las sirenas de alarma, no para dramatizar sino para despertar —con esa alarma— las conciencias dormidas del mundo ante un pueblo en soledad. El tema del debate es una polémica suscitada por la «Carta abierta» de Semprún y Gurrea en la revista *Esprit* y la contestación de Manuel Mounier. Carecemos de tiempo para entrar en pormenores, pero sí queremos destacar frases de la comentarista que nos parecen no sólo hermosas sino significativas y antologizables:

> A su sinrazón, a esa sinrazón que ni siquiera pretende ya cubrir las apariencias, opone el pueblo español la razón de su sangre, de una sangre derramada sin economías por mantener la existencia de España y para rescatar lo mejor del hombre.
>
> Cuando el pueblo español conoció la traición de que era objeto... lo que en realidad tuvo lugar no fue un *acto moral, sino un acto de fe.* Por un acto de fe en su destino humano, por un acto de fe en la dignidad y en la libertad ultrajados, el pueblo español se lanzó a la muerte sin medir las fuerzas, sin calcular. Por un acto de fe irresistible...
>
> Un acto de fe. Pero en el hombre todo —hasta la fe— plantea una cuestión moral. Y la exigencia moral que la fe plantea no es el elegir, sino el aceptar, es la entrega abnegada y sin reservas a todos los riesgos, a todas las responsabilidades. Entrega que permite avanzar con la conciencia tranquila —en paz— a través de una guerra tan dura, tan pavorosa. Entrega que permite estar en las mismas trincheras sin odio.

Y María Zambrano nos da prueba de la carencia de odio en los que regresaban del frente o de los pueblos liberados: «el pueblo les opone resistencia por no entregarse a la más vil de las esclavitudes. No se resigna a perecer; eso es todo. Prodiga con su sangre su fe en la vida». Para la escritora, aquel originario *acto de fe* que puso en pie el pueblo, «mantiene como grano de sal cierta pureza que ninguna desgracia, ningún desastre, consigue marchitar».

7. *Poesía y Revolución. (El Hombre y el Trabajo,* de Arturo Serrano Plaja) [17]. Muestra María Zambrano en este ensayo sus facultades para la reseña crítica de libros poéticos. Tras unas reflexiones en torno a la poesía lírica, procede al examen del libro,

---

[16] *Hora de España* (Barcelona), núm. XVIII, junio de 1938, págs. 67-73.

[17] *Hora de España* (Barcelona), núm. XVIII, junio de 1938, págs. 166-179.

cuyo germen se encuentra en el poema «Estos son los oficios», publicado con anterioridad a la guerra. Esta, según parece, afectó al plan general. María Zambrano ve en la obra «un cambio poético y un proceso revolucionario, expresado poéticamente con toda conciencia». Penetrando en su meollo, observa que Arturo Serrano Plaja «acomete sin esquivar en ninguna de sus dimensiones, la realidad revolucionaria. Y decimos *realidad,* porque para el poeta la revolución no puede ser un *problema* ni una *idea,* sino una *realidad».* El no canta la revolución sino que la desentraña y apura su sentido: la vive poéticamente. Para María Zambrano, el libro «ofrece, en suma, una concepción revolucionaria del hombre y de la vida, poéticamente expresada». Para encuadrar al poeta, la ensayista —a manera de digresión previa— pasa revista a los momentos históricos en que poesía y revolución han marchado unidas, dándonos nombres y casos concretos. (Baudelaire merece los comentarios más extensos.) Resume la significación del primer libro de Serrano Plaja —*Sombra indecisa*—. para adentrarse luego en *El hombre y el trabajo.* Es éste —en opinión— «un libro transparente, donde las intenciones quedan perfectamente expresadas. Es un conjunto orgánico, tal vez un solo poema, en tres partes fundamentales. El trabajo, la libertad, el amor... Partes o aspectos de una sola y rica realidad: la realidad de la vida humana redescubierta; la realidad del hombre de nuevo revelado... Se trata, en efecto, de una revelación del hombre». Después de señalar que el poeta ha arrancado de una posición ultrabaudelairiana, nos dice que *El hombre y el trabajo* nos muestra este mundo del trabajo, «la necesidad ennoblecedora, noble desde que el hombre toma conciencia de ella y la redime de ser castigo. La hermandad del trabajo se torna luego en hermandad de la muerte cuando se defiende la nobleza del trabajo "hasta la muerte". Y esta fraternidad, cuando se queda a solas, enhiesta, contando sólo consigo misma, descubre la libertad». Y aún añade: «El amor, el amor privado lleva atravesado el amor a España, que es ahora piedad pura, comprensión íntima y última, entrega absoluta; Amor, en el cual el amor privado se funde sin sombra». Interpretando el sentir colectivo, María Zambrano agrega: «Ya no llora nadie. Porque una realidad tremenda se alza sobre todos nosotros, realidad que el poeta recoge: es la libertad y con ella la justicia y la misericordia sin contradicciones: la vida, la vida en su integridad que sólo se ofrece al que nada esquiva». Nuestra escritora, por último, entrega este libro como testimonio poético de la «impiedad» ilustrada: de una realidad que ha vencido a la angustia, al hermético aislamiento, al absolutismo idealista, para ser sencillamente: la vida.»

8. *Misericordia* [18]. Es un vasto ensayo dedicado a la extraordinaria novela de Galdós. María Zambrano —al nombrar al autor— procura hacerle justicia con una serie de epítetos: el «Galdós desdeñado y olvidado que con persistencia inigualable ha proporcionado el alimento novelesco, imaginativo y poético a tantos españoles; que dio trasustanciado en poesía el ser mismo de España, su historia, durante la época de mayor desarraigo intelectual, cuando las luces de Europa atraían a los mejores, que ponían en ellas sus ingenuas esperanzas y mantenían en silencio a quienes vislumbraban en su corazón la equívoca sombra de tales luces». La ensayista opina que Galdós

[18] *Hora de España* (Barcelona, núm. XXI, septiembre de 1938, págs. 131-156.

nos da en sus novelas, en toda su integridad, la ensangrentada vida española del siglo XIX. La vida del español anónimo, de oscuro nombre genérico, «que va pegado a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra». «Vidas que lo son, tanto como de un ser humano, de un pedazo de suelo, un trozo de vida española; es decir, de linajes y tradiciones, de vida anónima con sus infinitas raíces en el ayer: tejido tramado con todos los elementos de nuestro ser español.» Observa que Galdós nos da la historia entretejida con lo más cotidiano en los *Episodios,* «la historia absorbida y reflejada por el mundo de lo doméstico en sus novelas». Galdós desmenuza la vida «hasta descubrir el secreto de su íntima estructura, analizando su misterio hasta el límite en que todo misterio consiente en ser desvelado por una luz ajena. Y en ella encontramos la trascendencia de lo cotidiano y anónimo, en el fluir de ese tiempo no ligado a un acontecimiento decisivo, y también la trabazón de lo histórico, del ayer decisivo y trascendente con el hoy sin nombre aún; el reflejo del histórico ayer en el presente pobre y desnudo». María Zambrano se da cuenta de que en las novelas de Galdós se pueden rastrear hasta su origen los sucesos más importantes de nuestra historia y ver qué acontecimientos han sido verdaderamente trascendentes para la vida del pueblo español. La pluma de la ensayista se carga de tintas sombrías: «Un monstruo, en efecto, parece la España que asoma su rostro en la novela de Galdós; España del harapo y la locura, de la mezquindad y el disparate, de la prodigalidad y el absurdo.» Más adelante, piensa que Galdós no nos ha dejado clave alguna teórica «para conducirnos por el riquísimo y complejo mundo de su obra novelesca». Porque en él hay un divorcio entre el intelectual, el hombre de «ideas» y el creador, el poeta que desciende hasta los fondos últimos de la vida española.

Para María Zambrano, *Fortunata y Jacinta* y *Misericordia,* novelas de Madrid en cada una de sus protagonistas, «encarnan esa prodigiosa fuerza de la vida en aspectos distintos que juntos son capaces de asegurar por sí solos la perennidad de un pueblo». «Fortunata y Benigna son pueblo, puro pueblo; las razones de su conducta, la razón de su ser, se hunden, confundiéndose con la razón misma del ser del pueblo español, del pueblo sustentador del ente histórico que se llama España.» *Misericordia* nos muestra el misterio «de la fuerza de cohesión de un pueblo más allá de la locura y de la prudencia, sacando su fuerza de su prodigalidad, su esplendor de su miseria. *Misericordia* es la razón de la sinrazón de España, el orden en el disparate y la locura, y en este sentido —razón de la sinrazón, hecha patente— está más allá del libro genial y profético de nuestro pueblo, en la misma línea y más allá del mismo Don Quijote». *Misericordia* es un «mundo de pura temporalidad, devenir constante en que el tiempo se quema en su propia sustancia sin dejar ceniza». Páginas más adelante, la escritora describe la experiencia de su lectura: «A medida que penetramos en el mundo de *Misericordia,* sentimos que nos vamos sumergiendo en nosotros mismos, pasando por diversas capas, por aquellas más inmediatas socialmente, por aquellas en que nuestro ser individual convive mezclado con los de nuestra misma clase social: más profundamente y con tanta fuerza que borra esta primera forma de convivencia dentro de una clase social, está la otra convivencia con el pueblo todo, la dimensión en que somos hijos de España, en que corremos su suerte, en que nos desgarran sus heridas, nos aminoran sus decadencias y nos sustenta su esperanza. Plano o zona de nuestro

ser en que somos simplemente españoles». María Zambrano se sumerge en el tejido novelesco y va aflorando los hilos de su urdimbre, con sensibilidad y comprensión inteligente. Nada es obvio sino pleno de sentido: personajes, situaciones, diálogos. Establece comparaciones; por ejemplo, entre el «caballero Ponte» de Ronda y Don Quijote. Su simpatía máxima, naturalmente, recae sobre Benigna —«el único ser íntegro»—, clave de un mundo complicado: es «la fuerza popular». Examina el «idearío» de esta maravillosa criada. El moro Almudena —que vive de sueños— aporta la poesía de la novela: salmodia sus oraciones en su conmovedor castellano sefardita.

Interpretación valorativa, transida de amor y de inteligencia es este ensayo de María Zambrano.

9. *Pablo Neruda o el amor a la materia.* [19] Para nuestra escritora, entrar en la poesía del poeta chileno es «sumergirse en un mundo tan denso, tan material y consistente, que nos da un poco de miedo. Miedo, en efecto, nos produce siempre la realidad indomeñada. Miedo de dejar de ser lo que somos para quedar dentro de ella devorados por su avidez de crecer, de ser más y más. La realidad poética de las poesías de Neruda no es nada contemplativa, no es producto de una *visión* poética en que participamos o no. Es una realidad hirviente, por una parte, de seres que aún no son; y por otra, de muertas y quietas cosas que nos muestran en su abandono y desgaste el vacío de la existencia, su heterogeneidad, su arbitrariedad». María Zambrano comprende que, ante la realidad poética de Neruda, el lector se siente sin libertad, prisionero de ese mundo indeterminado en donde no hay lugar para lo humano: «La poesía de Pablo Neruda nos planta en medio de un orbe desconcertante para un hombre de esta tradición occidental. No va en desdoro de la poesía, porque quiere decir nada menos que en ella hay algo profundamente original, que se trata de una cultura *otra...*, antigua, antiquísima». María Zambrano se está refiriendo a *Residencia en la tierra:* «Poesía que reside en la tierra, que la habita, que está pegada a ella». «Pero la poesía de Pablo no es misericordiosa. Cuando habla de un zapato viejo, de unas medias de ramera... y de tanta cosa triste o estrafalaria, no es para redimirlas de su fealdad y desolación, sino que se sumerge en ellas mismas en ese vaho de existencia en que se prolonga cada una de ellas más allá de sus límites formales. Porque todo lo que es forma está dentro de la poesía de Neruda gastado, atravesado, disuelto y es quizá su mayor atractivo, lo que más nos conmueve, lo que más nos empuja hacia su centro porque es lo más próximo al amor, porque es ya amor.» «¡Terrible amor que devora cuanto toca!» «Materia, materia, nos trae en inmensa avalancha la poesía de Neruda; es su gran riqueza, su gran alimento. La materia no engendra amor de definición, amor que ansía la figura, sino amor pegado a la materia misma, que se deshace contra ella, que en ella se hunde apeteciendo fundirse en sus entrañas.» «*Residencia en la tierra* acaba por llevarnos a residir bajo la tierra misma, en sus oscuros túneles minerales.» «Amor de la materia que es el dolor, herida en la carne, melancolía, lenta fiebre, angustia y hasta agonía.» «Melancolía terrible que deja tras de sí este amor, este conocimiento cósmico que de tan llenos nos deja luego deshabitados y que por

[19] *Hora de España* (Barcelona), núm. XXIII, noviembre de 1938, págs. 157-165.

deshabitados, con un poso no disuelto, no asimilado, con una tristeza venida de la obstinación en querer penetrar lo impenetrable y en el desamparo en que el humano anhelo queda... Tristeza que sigue al amor material, al conocimiento de las cosas de la tierra.» Más aún. María Zambrano constata, en esta poesía de Pablo Neruda, «la muerte en la materia y la materia misma de la muerte, abstracta, hueca, irremediable».

Notemos que en este profundo análisis de *Residencia en la tierra,* María Zambrano ni una sola vez califica su poesía como «impura», adjetivo que ha abundado hasta encenderse en polémica.

España en el corazón merece también unas líneas de la ensayista. Para ella, «es la muestra verídica de la compenetración íntima verificada entre Pablo Neruda poeta y España, España en su tragedia».

María Zambrano acaba su estudio sobre la poesía de Neruda con un recuerdo a sus odas: «su poesía ya cada vez más cerca del himno, de la letanía, de la litúrgica enumeración, diríase que se clarifica por profundidad... Y al profundizarse tenía que llegar irremediablemente a lo humano». Y augura: «Una nueva era se abre en la poesía de Pablo Neruda».

Como hemos podido observar, María Zambrano alterna temas filosóficos, históricos y literarios, y, más bien, los amalgama en una estructura lúcida, progresiva, que ata cabos y relaciona concomitancias, establece vínculos y devenires. Se permite hipótesis que fundamenta inteligentemente.

Por encima y por debajo de los temas y de todas sus preferencias, subyace siempre y sobresale señeramente su amor por el pueblo de España, por el pueblo español. Para ella, es fuente de toda creación, repristinador de herencias, manantial vivo de la obra cervantina y galdosiana. Parece recordar a su maestro Ortega, el cual afirmaba: «Aquí lo ha hecho todo el pueblo».[20] Estos ensayos, por otra parte, descubren entresijos de la anatomía histórica y espiritual de España. Y creen en el futuro. Canto, meditación y exégesis en torno al ser de los españoles. Defensa también del pueblo español en armas. Fe en una España progresiva que aún está por hacer, pero que todos haremos diariamente. Estudio ontológico del ser español.

Con visión original y estilo muy suyo —hecho de raciovitalismo y toques poéticos—, María Zambrano nos entrega unos ensayos que enlazan su mundo interior con el nuestro, al mismo tiempo que sus inquietudes. Sus meditaciones nos hacen copartícipes de temas que, al ser hondamente españoles, nos afianzan en nuestra españolidad y en nuestro propio ser humano. Graves reflexiones sobre nuestra España real y soñada, en que vida y muerte alcanzan hondo sentido, insoslayable vigencia, al ser tocados por la pluma de una mujer sapiente y sensible. Lección también de ética profunda, emanada del español llano y de los máximos genios de España, en su *hora* de ayer, de hoy, de mañana.

CONCHA ZARDOYA
Urbanización Virgen de Iciar, 21.
EL PLANTÍO, Madrid-23.

[20] *Op. cit.*, pág. 109.